

admitido en la intimidación de san Gregorio y san Basilio, que había llevado su fervorosa piedad hasta hacerse *lector* en la iglesia de Nicomedia, y cuya juvenil devoción había pasado á ser superstición, apenas se vió vestido de la púrpura imperial escribió en manifiestos públicos á todo el universo: « Nos ser- » vimos abiertamente á los dioses, y la muchedumbre de tro- » pas que nos sigue es piadosa. Sacrificamos bueyes á las » divinidades tutelares del imperio, y les hemos ofrecido en » acción de gracias de nuestra victoria numerosas hecatom- » bas (361). » — La piedad de las tropas de que se jacta aquí Juliano, no era otra cosa que el apresuramiento muy natural de los soldados galos y germanos á tomar su parte de la carne y del vino de esas imperiales carnicerías. Y llegaba á tanto su devoción en este punto, que, según relato de Amiano Marcelino, aunque idólatra y hostil al cristianismo, « los transeuntes » se veían obligados á llevarlos por compasión en sus espaldas » á los cuarteles. » No tardó en publicarse un edicto restableciendo el culto de los ídolos, las dignidades de sacrificadores, de arúspices y agoreros en todas las ciudades del imperio. Todos los templos de los ídolos destruidos por Constantino habían de ser reedificados en sus mismas plantas ó ruinas, y dotados de sus antiguas rentas; los cristianos estaban obligados á restaurar á sus expensas los que habían abatido, y volverles las dotaciones que Constantino había atribuido á las iglesias. Un trastorno tan inesperado en los intereses adquiridos ya, y considerados como propiedad respectiva de los poseedores, puso en conflagración á todo el imperio. Marcos, obispo de Aretusa, había arruinado á la cabeza de su rebaño un templo de ídolos en los años anteriores. Sobrado pobre para restituir su valor, le prendieron, en virtud de la ley romana que entregaba á los acreedores la persona de un deudor insolvente. Azotado con varas, y arrancada la barba, desnudo el cuerpo y untado de miel, el santo anciano suspendido de una soga fué expuesto, bajo los rayos de un sol ardiente, á las picaduras de las moscas. Marcos había ocultado á Juliano, niño, y libertado de la matanza de toda su fami-

lia por el furioso Constancio: ¡ tal es el reconocimiento del Apóstata! — Cruel, por excepción, en esta circunstancia en que cabalmente todo le hacia un deber de ser generoso, Juliano no intentaba acabar con los *Galileos*, porque así los llamaba, por medio de una sangrienta persecución. Conocía sobrado la historia de la religión que él proscribía para ensayar de nuevo un papel que tan mal había salido desde Neron hasta Diocleciano. La ironía, el menosprecio público, la burla y la sátira le parecían capaces de dar en tierra con una Iglesia que no habían podido anegar ríos de sangre. Se rompió en manos de Juliano el arma del sarcasmo, y los filósofos del siglo xviii, que la volvieron á usar, no han tenido mejor suerte que el Apóstata. Se creyeron inventores de un nuevo sistema, y su *agudísimo* ingenio se constituyó en plagario rampante de un apóstata del Bajo-Imperio. No le hizo falta á la apostasía la hipocresía de Juliano. Los soldados galos que le siguieron desde Lutecia, donde se había hecho proclamar, hasta Roma, donde el senado reconoció su advenimiento, habían jurado, blandiendo sus espadas sobre sus cabezas, de morir por él. Sin embargo muchos de aquellos soldados eran cristianos; pero Juliano los había engañado. Antes de dejar las Galias, había entrado el día de la Epifanía en la iglesia de Viena, donde oró y asistió á los oficios. Amiano Marcelino afirma que ya en este tiempo profesaba secretamente el paganismo: había pues derecho de indignarse contra la doblez de un César impostor. Cierta día en que ofrecía sacrificio en un templo de la Fortuna, Maris, obispo de Calcedonia, le reprendió vivamente su apostasía. Juliano le respondió: « Anciano, el *Galileo* no te » volverá la vista. » Maris, que en efecto era ciego, respondió al emperador: « Yo le agradezco infinitamente de privarme » del dolor de ver un apóstata tal como vos. » — « Apenas » hubo publicado su edicto Juliano para el restablecimiento » de la idolatría, dice san Juan Crisóstomo, se vieron acudir » de todas las partes del mundo, mágicos, hechiceros, adivinos, » arúspices y todos cuantos hacían oficios de impostura é ilu- » sion; por manera que el palacio se hallaba atestado de gen-

» tes sin honra y de vagabundos. Todos cuantos desde mucho
 » había se hallaban reducidos á la última miseria, cuantos por
 » sus brujerías y maleficios se habían consumido en los calabozos ó en las minas, cuantos llevaban á duras penas una vida
 » miserable en oficios á cual mas bajos y vergonzosos, todas
 » estas gentes, erigidas en sacerdotes y pontífices, se hallaron
 » en un instante colmadas de honores. El emperador, dejando
 » en un rincón á sus generales y magistrados, no dignándose
 » ni aun hablarles, llevaba consigo por toda la ciudad una
 » chusma de jóvenes perdidos y desenfrenados, de prostitutas
 » que acababan de salir de sus burdeles. El caballo del emperador y su guardia no le seguían sino de muy lejos, en tanto
 » que una innumerable gentuza vil rodeaba su persona, y
 » ocupaba el primer rango de honor en medio de las plazas
 » públicas, diciendo y haciendo todo cuanto puede esperarse
 » de gentes de este jaez. »

22. La apostasía conducía á Juliano al fanatismo, y del fanatismo á la persecución: cuando el hombre ha llegado á cometer una falta que él supone irremediable, el orgullo le hace buscar un abrigo en esta falta misma. Intentó Juliano dos cosas dificultosas, enardecer el celo de los idólatras cuyo culto estaba ya apagado y desacreditado, y promover caídas entre los cristianos. Ofrecía honras y oro á la apostasía; pero se estrelló su plan ante la fervorosa fe de los discípulos del Crucificado, y ante la fe muerta de los paganos. Él mismo se quejaba de no hallar casi á nadie dispuesto á sacrificar; y echa en cara á los habitantes de Alejandría de abandonar los dioses de Alejandro por un Verbo que no vieron jamás ni ellos ni sus padres⁽¹⁾. Si se quieren sondear las causas que en Juliano pudieron producir esa antipatía tan viva contra un culto que había profesado él mismo con ardor de neófito, nos parece poder resumirlas así: Juliano era de una de esas imaginaciones ardientes mas á propósito para la poesía que para las realidades del

(1) Hunc vero quem neque vos neque patres vestri videre, Jesum Deum esse Verbum creditis oportere. (Julian., Ep. LI.)

mundo positivo y gobernadero. La belleza de las ceremonias del paganismo encantaba á esta alma nutrida de los sueños griegos. Los dioses de Homero le parecían como la mas hermosa creación del humano ingenio, y á fuerza de admirar este su poeta, se creyó llamado á resucitar su culto. Por otra parte, á su entusiasmo literato se agregaba el odio inveterado que profesaba á Constancio, que asesinó á su padre, entregó á su hermano al verdugo y amenazó largo tiempo su vida. Pensaba él vengar á toda su familia inmolada proscribiendo la religión del príncipe que cabalmente la había perseguido atrocemente: esto por las causas intrínsecas probables; otras causas extrínsecas venían á agregarse á estos motivos personales. El paganismo, puesto bronca y precipitadamente fuera de la ley por Constantino, esperaba mucho tiempo hacia la época de una reacción. Los sofistas griegos y latinos, los retóricos, los filósofos de Atenas, Roma y Alejandría, que hasta entonces se habían resistido á las luces del Evangelio, clamaban con el mayor ahínco por la rehabilitación de los dioses de Homero, Virgilio, Aristóteles y Platon. No se mudan con una plumada las costumbres, hábitos y creencias de los pueblos: todo cuanto había sido herido en sus intereses, pasiones ó amor propio por el repentino triunfo de la Cruz, se agrupaba en torno de Juliano y exclamaba á su advenimiento: « Sin Juliano » Augusto, se pierde la república, el ejército y el imperio » (AMIANO MARCEL., lib. xx, cap. 11). El estado de la sociedad á la muerte de Constancio, es necesario confesarlo, era el mas propicio para infundir confianza á los paganos. La herejía de Arrio lo había dividido y subdividido todo: todo eran anatemas lanzados de unos contra otros: los obispos legítimos eran arrojados de sus sillas á mano armada por usurpadores; el cisma añadía aun sus desórdenes á los de la herejía. Estas reyertas, cuyo eco resonaba por todas las ciudades, villas y aldeas, debilitaban el imperio á lo exterior, paralizaban el poder en lo interior, y hacían peligrosa y difícil la administración. Los jueces y gobernadores no estaban ocupados sino en reprimir sediciones promovidas por los Arrianos. Juliano

pudo creer que curaría todos esos males á la vez, sofocando todas las sectas bajo la influencia y poder del antiguo culto (1): y se valió para ello de la veleidad irónica de un sofista, del fanatismo de un pagano, y del cálculo frio de un escéptico: mas su impotente tentativa no hizo sino probar de nuevo la divina inmortalidad del cristianismo, « de este yunque que tantos martillos ha gastado, » segun expresion comun del abate Combalot.

23. Desde el año 362, publicó Juliano un edicto que otorgaba á cada uno el libre ejercicio de su religion, y llamaba á todos los que habian sido desterrados por esta causa. Su objeto era fomentar las divisiones entre católicos y Arrianos para debilitarlos mutuamente, y luego acabar con todos por el público menosprecio. La libertad de culto, que en apariencia dejaba á los cristianos, no era en el fondo sino una dura esclavitud: no los condenaba á muerte con un general edicto, pero tomaba otros caminos aun mas seguros para abrumarlos. Se prodigaban á los paganos todos los favores; mas los cristianos solo experimentaban de su parte desdenes, vejaciones y desfavores. Para envilecer el clero, privó á los eclesiásticos de todos sus privilegios: suprimió las pensiones asignadas á la subsistencia de los clérigos y vírgenes consagradas á Dios. « Su admirable ley, decia irónicamente, les manda renunciar » á los bienes de la tierra á fin de llegar antes al reino de los » cielos; y nos, deseando propiciamente facilitarles este viaje, » ordenamos que se les aligere del peso de todos sus bienes. » Cuando los cristianos osaban quejarse, les respondió: « ¿No » es acaso el padecer la vocacion de un cristiano? » Los obispos le dirigieron una apología del cristianismo por medio de Diodoro de Tarso, y se la devolvió con estas tres palabras griegas: Ἀνεργων, ἐργων, κατέργων (Leí, entendí, condené). Todas las iglesias fueron pues despojadas y sus riquezas trasladadas á los templos idólatras, que hacia recomponer á expensas de los Galileos. Procuraba ganar con promesas á los que sabia

(1) Chateaubriand, *Estud. histór.* (passim).

eran flacos en la fe: y la firmeza de los que resistian pasaba por crimen de Estado. Al contrario, los que se dejaban vencer y vendian su conciencia, eran colmados de honras y de gracias. La apostasia era camino para todos los empleos y dignidades; y sola ella equivalia al talento y al mérito: la apostasia era, en fin, capa de todos los crímenes y daba derecho de cometerlos impunemente.

24. Por excepcion gloriosa Juliano habia excluido nominalmente á san Atanasio del privilegio de regresar á su ciudad patriarcal, como se concedia á todos los desterrados. « Fuera muy » peligroso, dice el apóstata en una carta á los habitantes de » Alejandria, dejar al frente del pueblo á un intrigante: porque » no es un hombre, sino un aborto vil y sin valor, que se pre- » cia de tanto mas grande cuanto mas hace por atraerse casti- » gos y peligros. No recibais jamás al malvado Atanasio: se » ha atrevido bajo mi reinado mismo á conferir el bautismo á » señoras griegas de ilustre nacimiento. » Pero los acontecimientos decidieron otra cosa. El obispo arriano Jorge, que ocupaba la silla de Alejandria despues del destierro de san Atanasio, se habia hecho aborrecer de todos los partidos: de los católicos por la persecucion que les habia hecho padecer en tiempo de Constancio; de los Arrianos, forzándoles á suscribir á la condenacion de Aecio, uno de sus cabezas; finalmente de los paganos, por el saqueo de sus templos y por las vejaciones que hacia experimentar indistintamente á toda clase de personas. La reaccion pagana se valió de las circunstancias para echar á Jorge á un calabozo. Mas apenas le supo preso el pueblo, cuando acudió en gran masa, y lo llevó á rastra por las calles de la ciudad, pisoteándolo y llenándolo de ultrajes. Jorge espiró en medio de atroces tormentos. Su cadáver, puesto en un camello, fué llevado entre el clamoreo de un populacho delirante al borde del mar: se quemó allí, y fueron arrojadas sus cenizas á las ondas, temiendo que los cristianos no las honrasen como las de un mártir; como acababa de suceder con Artemio, gobernador del Egipto, á quien Juliano habia condenado á muerte, so pretexto de concusion, pero en

realidad para castigarlo por el celo con que habia destruido los templos de los falsos dioses. No era empero de temer semejante cosa en favor de un obispo intruso. Era notorio que la religion no habia sido causa de esta muerte, y que sus crímenes le habian hecho odioso á todo el mundo. Juliano al saber esta sedicion mostró quedar muy disgustado; mas solo era en apariencia. Porque en realidad no podia menos de regocijarse en ver tan vivas y sangrientas las contiendas religiosas entre sectas que detestaba igualmente, y que veía con placer como podrian destruirse unas á otras. « Jorge merecia ser tratado » así, escribió á los Alejandrinos: y aun añado que era digno » de mayor castigo, mas no debisteis ser ejecutores. Aunque » no fuera por respeto á vuestro fundador Alejandro, ó mas » bien al gran dios Serapis, ¿ cómo no habeis tenido miramiento » al deber comun de la humanidad y á lo que me debeis á mí » mismo, á quien los dioses, y en especial el gran Serapis, han » revestido del imperio del mundo? » Con tales arengas intentaba comprimir las sediciones populares el César literato. Mas sea lo que quiera, y á pesar de la mala voluntad de Juliano, san Atanasio, no viendo obstáculo alguno á su regreso, se decidió á volver á Alejandría despues de siete años de destierro. El Salvador entraba en Jerusalem « montado, dice el Evangelio, » en un pollino. » En igual cabalgadura quiso comparecer Atanasio ante sus amados Alejandrinos, en medio de un innumerable concurso de gente que salió á recibirle á dos jornadas de camino. Todo el Egipto pareció haberse dado cita ante el ilustre patriarca. Se subian las gentes á todas las alturas para verlo, y se agolpaban en masa para oír su voz; y creían santificarse con solo colocarse por donde pasaba su sombra. Si jamás hubo existencia mas perennemente perseguida que la de Atanasio, es justo confesar tambien que no hubo jamás poblacion mas afecta, mas entusiasta ni mas fiel á su legítimo pastor que la de Alejandría. Le quemaban perfumes y aromas, se sembraba de flores el camino; la ciudad se iluminó toda, y se hicieron fiestas y regocijos en las plazas y parajes públicos. El regreso de un padre al seno de su familia

no hubiera sido acogido con mayores transportes. San Atanasio trató á los que le habian perseguido mas abiertamente con tanta dulzura y gracia, que se alegraron infinito de su vuelta. Se constituyó la providencia de todos los menesterosos, pobres, desvalidos, oprimidos y desgraciados sin distincion de partido: todos los corazones, todos los ánimos se sentian atraídos á él por los encantos de su mansedumbre y de sus virtudes.

25. Al dejar la Tebáida, á donde le habia confinado Constancio, san Eusebio de Vercelli se detuvo en Alejandría para conferenciar con san Atanasio. Los dos prelados, de concierto, juntaron allí un concilio poco numeroso, pero formado casi en su totalidad de confesores de la fe, tales como Asterio, obispo de Petras en la Arabia, de Cayo, Amonio, Draconeio, Adelfo, Pafnucio. Habia que examinar la conducta que debia de observarse con los obispos que por debilidad habian suscrito profesiones de fe heréticas. La mayor parte de los que las habian firmado, sorprendidos como en Rímimi y otras partes, habian dado sinceras pruebas de arrepentimiento. El concilio de Alejandría decidió que no serian considerados como excluidos de la comunión eclesiástica. Tambien se decidió que los jefes del partido arriano, si renunciaban á sus errores, alcanzarian perdón de lo pasado, mas sin conservar su rango en el clero. Los que solo habian sucumbido á la violencia, admitidos previa retractacion á la comunión de la Iglesia, no perdian su rango en la jerarquía. — Se resolvió en seguida la cuestion dogmática para la condenacion de los principios de Macedonio, obispo intruso de Constantinopla, que comenzaban á propagarse y que atacaban la divinidad del Espíritu Santo. Se fijó la significacion católica de la voz *hipóstasis*, de que se habian valido unos y otros, mas en sentido diverso, en las controversias. Unos tomaban esta voz como sinónima de *sustancia*, y no admitian en Dios sino una *hipóstasis*; otros le daban el sentido de persona, y reconocian tres. Una vez fijado el lenguaje teológico, el concilio anatematizó solamente á Arrio, á Sabelio, á Paulo Samosateno, á Basíledes y á Manes. Llenó la discu-